

Planeta 5: Las mujeres que cuidan

En el planeta número cinco
que visitó la principita
había un pueblito.

En el centro del pueblo
había una plaza rodeada de casitas.
Cada casita tenía su color
y todas tenían los marcos
de las ventanas blancos.



No había nadie por la calle
y la principita pensó
que debía ser la hora de la siesta.
Aprovechó para dar un paseo
mientras la gente se despertaba.

En el centro de la plaza
había un **templete**
cubierto de hojas secas.
Parecía que nadie lo usaba
desde hace mucho tiempo.
¡Qué pena! Pensó la principita,
un templete es un lugar perfecto
para contar historias.

Flores y **hierbajos** crecían
entre las grietas
de las calles **empedradas**.

Un montón de cuerdas
de tender cruzaban las calles
de una ventana a otra.
La principita tenía que agacharse
para poder caminar.

Papelitos, cestas y paquetes
de todo tipo colgaban
de las cuerdas de tender.

Un **templete** es
un lugar con
techo y sin
paredes que
se utiliza para
actos públicos,
actividades
culturales y
bailes.

Los **hierbajos**
son las
hierbas
que no se
quieren
y se arrancan
en los
jardines.

Una calle
empedrada
es una calle
hecha con
piedras.

Así que, la principita sabía
que el pueblo no estaba abandonado.
Pero parecía que nadie paseaba
por sus calles
desde hace mucho tiempo.
Estaba confusa.

La principita agarró un papelito
y leyó: “¿Tienes hilo rojo?
¡Qué manera más divertida
de comunicarse!, pensó.

Después de un buen rato
y de haber leído varios papelitos,
ya no le parecía tan divertido.
Echaba de menos hablar con alguien.

La principita siguió caminando,
cogió otro papelito
de otra cuerda de tender
y leyó:
“El bizcocho estará listo a las 5”

La principita tenía hambre
y cuando se tiene hambre
dan ganas de comer un bizcocho.
Así que, miró por la ventana
y vio una gran mesa llena de dulces
dentro de la casa.

Golpeó el cristal varias veces,
pero nadie contestó.
Entonces llamó a la puerta
de la pastelería.

principita — ¡Hola! ¿Hay alguien?

Sonaron ruidos dentro de la casa,
pero nadie contestó.

principita — ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Nadie contestó.
Empezaba a sentirse muy sola.

principita — ¡Necesito ayuda!

Gritó la principita,
sin saber qué más hacer.

Entonces, la puerta se abrió
y unos brazos fuertes la agarraron
y la metieron dentro de la casa.

Los brazos la soltaron
y cayó sobre cojines muy blanditos.

La principita levantó la vista.
La sujetaba una mujer grande y fuerte
que la miraba con ojos grandes y alegres.
Debía ser la pastelera,
¡porque tenía harina
hasta en las orejas!

Alrededor había otras mujeres
que la miraban con curiosidad.

pastelera — ¿Cómo te podemos ayudar?

La principita recordó
que había pedido ayuda.

principita — Tengo un poco de hambre.

pastelera — ¡Pobrecita!
¡Tienes que comer!

Todas las mujeres se pusieron a cocinar.
Una mujer lavaba los tomates,
otra cortaba la cebolla,
otra calentaba el aceite en la sartén.

La principita las miraba
con curiosidad desde los cojines.
En realidad, estaba muy cansada
y sin darse cuenta,
se quedó dormida.



Al cabo de un rato,
una mano amable despertó
a la principita.

pastelera — La comida está lista.
Ahora tienes que comer.

principita — Estoy muy cansada.
¿Puedo dormir un poco más?

pastelera — No, es la hora de comer.

La mesa estaba llena
de platos diferentes.

La principita se sentó
y esperó a que se sentaran las mujeres,
pero ellas seguían de pie
y la miraban sonriendo.

principita — ¡Qué buena pinta tiene todo!

Las mujeres contestaron
todas a la vez:

mujeres — ¡No hay de qué!
— ¡Es un placer!
— ¡No nos ha costado nada!

La principita pensó
que muchos de los platos
parecían muy complicados.
Seguro que las mujeres trabajaron
y se esforzaron mucho
para hacerlos,
pero no quiso insistir más.

principita — ¿Y vosotras?
¿No coméis?

pastelera — Nosotras ya hemos comido.
Todo esto es para ti.

La principita comió con ganas
mientras las mujeres la miraban contentas.
La principita cortaba pan,
untaba queso,
metía la cuchara en las lentejas,
pinchaba en la ensalada.
Comió todo lo que tenía
sobre la mesa.

principita — Está todo delicioso,
pero ya no quiero más.

pastelera — ¡Pero si has comido muy poco!
Toma, prueba el pastel de zanahoria.

El pastel olía muy bien.
La principita se sirvió un pedacito.

principita — Ahora sí que estoy llena.

pastelera — ¡Pero si todavía no has probado el gazpacho!

principita — He tomado 2 vasos de gazpacho.

pastelera — Entonces te falta probar el **salmorejo**.
Y le ponemos un poquito de jamón y huevo.

El **salmorejo** es una sopa fría de verduras. Se parece al gazpacho.

El estómago de la principita rugió.
Parecía una protesta ante la idea de comer más.

La principita estaba muy llena, pero las mujeres la miraban tan **expectantes** que se comió el plato de salmorejo.

Las mujeres empezaron a recoger la mesa y la principita se sintió aliviada de no tener que comer más. Cerró los ojos un momento, solo un momento.

Estás **expectante** cuando esperas algo con muchas ganas.

Cuando abrió los ojos de nuevo,
se encontró la mesa cubierta
de un montón de postres diferentes.

La principita los miró asustada.
Si tomaba un bocado más,
¡explotaría!
Tampoco quería ofender
a esas mujeres tan amables.

Entonces, tuvo una idea:

principita — No me encuentro bien.
Creo que tengo fiebre.

Las mujeres, muy preocupadas,
volvieron a responder todas a la vez:

mujeres — ¡Pobrecita! ¡Túmbate aquí!
¡Tómate esta infusión!
¡Quédate ahí descansando
y nosotras nos ocupamos de todo!

A la principita le dio pena mentirles,
pero no veía otra manera
de parar de comer
sin ofender a nadie.

Se tumbó en una cama
delante de la chimenea
y se quedó dormida mirando el fuego.

Quizás por la pesada digestión
o por el agotamiento del viaje,
la principita tuvo muchas pesadillas.

Soñó con las personas
que había conocido en su viaje.
Aparecían en sus sueños
con muchas púas,
como su cactus.
Las imágenes del viaje se mezclaban
con recuerdos de su propio planeta.

La principita se despertó de golpe,
sudando y **agitada**.

La pastelera la ayudó
a ponerse de pie.
Miraba a la principita
con cara de preocupación.

Estar **agitada**
es estar
nerviosa y
no poder
parar de
moverse.

pastelera — ¿Estás bien?

principita — No, necesito salir
y tomar el aire.

pastelera — No puedes salir.
Estás enferma
y te vas a poner peor.
Siéntate aquí,
te preparo una infusión

La pastelera sentó a la principita
al lado de la ventana.

Era de noche

pero la principita no veía una sola luz
por la ventana.

Las calles no estaban iluminadas.

principita — ¿Por qué no hay farolas?

La pastelera tardó un poco en contestar.

pastelera — Porque sin luz
las estrellas se ven mejor.

La principita pensó
que era una razón maravillosa.

principita — Me encantan las estrellas.
¿Salimos a verlas?

pastelera — Las puedes ver desde aquí.

principita — ¿No salís nunca a verlas?

pastelera — Es tarde.
Tómate la infusión
y vuelve a la cama.

La principita decidió no preguntar más
y se tomó la infusión en silencio.

Unas horas después,
cuando todo el mundo dormía,
la principita se acercó
a la puerta de la casa.
Intentó abrirla, pero no pudo.
¡Estaba encerrada!

La principita estaba confundida,
pero pensó que, en realidad,
esa casa no era un lugar tan malo
para estar encerrada.

Había otros lugares peores,
como una isla desierta
en medio de un océano
o una clase llena de estudiantes
de violín de primer año.

Además, en algún momento,
alguna de las mujeres tendría
que salir de casa ¿no?

Y la principita aprovecharía
para escapar de la casa.
Solo tenía que esperar.

Con las primeras **luces de la aurora**,
la casa empezó a despertarse.
La pastelera fue la primera
en entrar a la cocina.
Encendió la chimenea
y saludó a la principita,
que fue casi tan **madrugadora**
como ella.

Las **luces de la aurora** son las luces blancas que aparecen en el cielo por la mañana temprano antes de que salga el sol.

Una persona **madrugadora** es una persona que se levanta muy pronto.

pastelera — Buenos días.
¿Has dormido bien?

principita — Buenos días.
Sí, ¿y tú?

pastelera — ¿Qué quieres desayunar?

principita — Cualquier cosa está bien.
¿Has dormido bien?

pastelera — Tenemos leche y galletas.

principita — Perfecto, gracias.
¿Has dormido bien?

La pastelera la miró con sorpresa
y finalmente respondió
con inseguridad.

pastelera — Sí, claro, he dormido bien.

A la principita le pareció divertido
ver a la pastelera tan sorprendida
y probó a preguntar otra cosa:

principita — ¿Qué vas a desayunar?

pastelera — Te voy a poner 2 tostadas
con mermelada también.

principita — ¿Y tú qué vas a desayunar?

pastelera — ¿Mermelada de mora
o de melocotón?

principita — De mora.
¿Qué vas a desayunar tú?

La mujer dejó el desayuno a medias
y miró muy asombrada a la principita.

pastelera — Yo no desayuno ahora,
tengo que hacer la compra.

principita — Pues te acompaño.

pastelera — ¿A dónde?

principita — Pues a comprar.

La pastelera soltó una carcajada.

pastelera — No hace falta ir
a ninguna parte,
pedimos la compra desde aquí.

La pastelera escribió
en un papelito la lista
de todos los productos
que necesitaba.

Abrió la ventana,
colgó el papelito con una pinza
en una cuerda y la corrió
hasta que el papelito llegó
a la ventana de enfrente.

De la ventana asomó una mano
que agarró el papelito.
Después de un rato,
La ventana se volvió a abrir
y alguien colgó una cesta
con comida en la cuerda
y se la mandó a la pastelera.

principita — ¿Por qué no vamos a la tienda?

pastelera — Nosotras no salimos nunca.

principita — ¿Por qué?

pastelera — Porque es peligroso.

principita — ¿Por qué?

pastelera — Porque pasan cosas.

principita — ¿Qué cosas?

pastelera — Eres muy pequeña.
No te lo puedo contar.
Lo entenderás cuando seas mayor.

principita — Puedo entenderlo todo.
Solo tienes que explicarlo
de forma adecuada.

pastelera — Ya basta de tanto hablar.
Ponte a desayunar
y cómetelo todo.

La principita se sentó a la mesa.
La verdad es que tenía hambre,
a pesar de todo lo que había cenado.
¡Lo que puede comer
una principita tan pequeña!
Es de verdad sorprendente.

Mientras la principita desayunaba,
más mujeres entraban en la cocina.
Cada vez que una entraba,
le preguntaba a la principita
si estaba bien,
le ponía la mano en la frente,
le preparaba otra tostada
y le llenaba el vaso de leche.

Cuando la principita acabó
de desayunar por fin,
quiso recoger la mesa,
pero la pastelera la interrumpió.

pastelera — Deja eso, ya me encargo yo.
Tú vete a jugar por ahí.

La principita había aprendido
que no servía de nada insistir.

Fue a explorar el resto de la casa.
Entró en una habitación tras otra
y en todas había una mujer
ocupada en sus tareas.
¡Así es un aburrimiento explorar,
siempre hay alguien alrededor!

Después de 2 días
sin un rincón donde estar sola,
la principita decidió
que era el momento de marcharse.

La principita tenía una cosa clara:
su viaje no terminaba
delante de una mesa llena de comida,
por muy deliciosa
y apetecible que fuera.

Miró a las mujeres con cariño.
La trataban muy bien
y se preocupaban por ella.
Pero la principita necesitaba aventuras
y experiencias nuevas
para decidir quién quería ser.

Es importante decidir quién quieres ser.
Menos mal que la principita lo sabía
y pensó un plan para liberarse.

La noche del tercer día,
la principita se escondió
en un baúl muy grande.

Por la mañana, las mujeres buscaron
y buscaron a la principita
y no la encontraban por ningún lado.
¡Menudo susto se llevaron!

Registraron toda la casa.
Estaban desesperadas.
La pastelera, incluso abrió
la puerta de la calle
para llamarla a gritos,
a pesar del miedo que tenía.

¡Esa era la oportunidad
para escapar!

La principita salió del baúl
y se acercó con **disimulo**
hasta la puerta de la calle.

Las mujeres estaban tan asustadas,
que ni siquiera la vieron.
La principita se escabulló
entre sus piernas
y salió a la calle.

¡Llevaba 3 días encerrada!
La principita tomó aire
y sus ideas empezaron
a despertarse.

En la casa,
las mujeres seguían asustadas.
La llamaban y buscaban
con desesperación.
Los gritos se oían
en todo el pueblo.

Con el ruido,
empezaron a abrirse ventanas
en otras casas.
Se cerraban tan rápido,
como se abrían.

Con **disimulo**
es ir despacio
sin que nadie
se entere.

La principita no podía creer
que nadie pisara la calle todavía
¡Qué pena!
Se están perdiendo un día
de sol y paseo maravilloso!
Pensó la principita.

Cuando la principita es libre
y está a gusto,
tiene sus mejores ideas.
Ese día tuvo una idea
de las más divertidas.

Empezó a correr
de una cuerda a otra.
Cambiando los papelitos
y las cestas de lugar
de todo el pueblo.

Quien pidió arroz,
recibió tomates.
Quien pidió un pastel,
recibía lechuga y coliflor.
Coliflor para el postre,
¡Imagina la cara
de la pobre mujer!

El pueblo era muy pequeño
y la principita era muy rápida.
No tardó ni una hora
en ponerlo todo **patas arriba**.

Para terminar la travesura,
la principita cogió una cuerda
de cada casa
y la ató al templete,
en medio de la plaza.
Luego se sentó allí a esperar.

Poco a poco,
aparecieron mujeres temerosas
desde todas las casas del pueblo.
Cuando encontraron
a la principita sana y salva,
se sintieron contentas y tranquilas.

Se estaban olvidando del miedo.

Cuando todas habían llegado,
la principita les invitó
a sentarse con una sonrisa.
Entonces, les contó su viaje.

Poner algo
patas arriba
quiere decir
cambiar todo
de lugar y
dejarlo
revuelto.

Les habló de su cactus,
del maniquí de plástico,
de los hombres debajo
de una sombrilla,
de la mujer hermosa,
que le enseñó el camino al mar,
y de otras muchas cosas.

Las mujeres escuchaban maravilladas.
Era la primera vez
que oían hablar
de planetas tan hermosos.

Cuando la principita terminó
de contar su historia,
se había hecho de noche
y se quedaron en la plaza
mirando las estrellas.

Era la primera vez
que las mujeres miraban estrellas
sin un cristal delante.

¡Cuántas primeras veces en un día
y cuántas emociones nuevas!
Cuando hay tantas emociones
sobran las palabras,
lo único que hace falta es compartir.

Las mujeres se quedaron allí,
en la plaza,
todas juntas,
mirando estrellas toda la noche.

Con las primeras luces del **alba**,
la principita anunció
que quería seguir su viaje.
Una por una,
las mujeres se despidieron
con todo su cariño.

La principita regaló la historia
de su viaje
y las mujeres recibieron
un cielo enorme lleno de estrellas,
al que mirar sin un cristal delante.

El **alba** es
el amanecer.

Las mujeres regalaron sus **mimos**
y la principita recibió un corazón caliente
y una barriga llena.

Todas ganaban
y todas se sentían agradecidas.

La pastelera fue la última mujer
que se despidió de la principita.
Le dio una capa de colores brillantes.

pastelera — Esta capa es un regalo
de todas nosotras
para que te abrigues con ella
si tienes frío durante tu viaje.

La principita se puso en marcha
y echó un último vistazo al pueblo.
Vio a las mujeres cortar las cuerdas
y abrir puertas y ventanas.

Llamamos **mimos** a las cosas que haces por alguien para cuidarle y quererle, aunque sean cosas que puede hacer por sí misma.